

Capítulo 7

Historia de toda una vida

*Lámpara es a mis pies tu palabra y
lumbre a mi camino (Salmo 119:105)*

Tuli se había convertido en un buen amigo de los niños. Iba con ellos, pero siempre mostraba una cierta prevención, especialmente con la más pequeña, Laura. Seguramente no podía olvidar tiempos pasados.

La primavera empezaba a hacerse sentir. Los árboles comenzaban a lucir sus hojas y las flores, tímidas aún, iban salpicando los montes. Las mañanas, sin embargo, eran aún frescas, y las noches también.

Un buen día de finales de marzo, al atardecer, vieron a un hombre que se acercaba por el camino pedregoso que unía el cortijo con la carretera local. De lejos parecía encorvado, caminando con la cabeza baja; de vez en cuando se detenía y se colocaba la carga que llevaba a la espalda: un fardo de considerable tamaño. Delante de él venía también un perro de color negro que tenía la misma apariencia desolada de su amo.

Tuli miraba fijamente a los extraños que se acercaban y, cosa extraña, no ladraba.

Ya estaba cerca de la casa cuando el hombre se detuvo, levantó la cabeza y pareció vacilar; por un momento estuvo a punto de dar la vuelta, pero reinició, con aspecto agotado, su camino.

Cuando llegó a la entrada de la portalada de acceso al patio, se paró y su perro también y ambos miraron hacia adentro: ocho pares de ojos humanos y dos perrunos lo contemplaban con inusitado interés. Toni, Miguel, Javier e Isabel los miraban sin pestañear.

El hombre parecía de edad indefinida, porque una barba larga le tapaba casi toda la cara. De estatura media y algo robusto mostraba unas ropas desgastadas y que ciertamente hacían mucho tiempo que no veían el agua. Sus ojos de un azul intenso tenían una expresión triste y la boca se abría en una mueca de desencanto. Todo él parecía necesitar una buena ración de cuidado.

-Buenos días- dijo el hombre con una voz algo áspera.

- Buenos días- se adelantó a decir Toni.

El hombre los miró y buscando las palabras continuó-

- ¿Estáis solos?- preguntó mirando hacia los lados.

-¡No!- se apresuró a contestar Miguel mirando hacia la entrada de la casa con cierto temor- Está mi madre y mi tía, y en los corrales están los hombres- se enfadó consigo mismo porque se le había notado un cierto temor en la voz.

Bien, dijo el hombre medio sonriendo al comprobar la expresión del niños – Voy a buscarlos- y dio la vuelta dirigiéndose a los establos. El perro también le siguió.

Los niños se acercaron hasta el arco de la entrada y vieron como se adentraba en el establo más cercano; el perro negro se quedó fuera. Tuli se había acercado a él y se estaban reconociendo, primero con los rabos bien tiesos y luego empezaron a moverlos.

Al rato salió uno de los trabajadores quien se dirigió con paso rápido a la casa. Los niños se apartaron para dejarle entrar y enseguida le preguntaron que quién era el hombre.

No recibieron respuesta. Entró en la casa después de llamar con los nudillos y decir en voz alta:

-Doña Elena- ¿Da usted su permiso?

Al poco apareció la madre de Toni, acompañada de su hermana Ester.

- ¿Que pasa Juanillo?- ese era el nombre del trabajador.

- Verá, es que ha llegado un forastero pidiendo un lugar para dormir y un poco de comida.

-¡Válgame Dios!- dijo Elena- ¡Cuánta necesidad hay! Y ¿qué te ha parecido?

- Bueno, señora; creo que es un hombre venido a menos; sus maneras son de un hombre educado, pero su aspecto es el de un vagabundo. Dice que mañana continuará el viaje.



- ¿Qué te parece Ester?- le preguntó a su hermana quien también había salido- ¿Le dejamos que duerma en el establo sobre la paja? No me gusta que no esté Ricardo para tomar esta decisión.

- Si, mujer- dijo su hermana- Nosotros estamos en la casa y no pasará nada.

Así que Juanillo marchó de nuevo a los establos y esta vez los niños le siguieron

Cuando entraron vieron al hombre sentado sobre unos fardos y con el suyo en el suelo. Se levantó al verlos entrar y se mostró agradecido de que le dejaran dormir bajo un tejado ya que dormir al raso en esas noches frías era muy incómodo.

Pronto desató el fardo, ante la mirada atenta de los niños que, desde lejos, contemplaban cada movimiento. Enseguida acomodó la paja de un rincón y sobre ella colocó una de las mantas que estaban dentro del fardo. Por más que los chicos se fijaron no lograron ver los demás objetos que parecían estar dentro del resto del fardo.

- ¿De dónde viene usted?- preguntó Javier, que también estaba en la comitiva.

- Soy de muy lejos – contestó escuetamente el hombre.

-¿Cómo se llama?- Toni se quedó esperando la respuesta que parecía tardar.

-Eulogio- pareció vacilar el hombre.

- ¿Eulogio, qué?- esta vez era Miguel.

- Bueno, que importa- pareció pensar el voz alta el hombre- Me llamo Eulogio Modón- dijo a media voz el hombre.

-Nunca había oído ese nombre- dijo Isabel

Juanillo escuchaba atentamente desde lejos y una nueva expresión había en su rostro.

Al poco llegó Ester con una bandeja donde había un plato de lentejas humeante, carne de cordero guisada, queso y pan. También traía un recipiente tapado que puso en el suelo y destapó: contenía huesos para el perro.

El hombre miró con hambre no disimulada la bandeja y limpiándose las manos en el sucio pantalón se acercó a recogerla de manos de la mujer.

- Muchas gracias, señora- Dios se lo pague.

- De nada- dijo Ester- ¡Que le aproveche! Mire nosotros le dejamos ahora tranquilo. Le traeremos unas mantas para que esté caliente y le ruego que no fume aquí dentro porque se puede prender fuego el establo.



- No se preocupe, señora, yo no fumo.

-Buenas noches. Se despidió Ester y se llevó a los niños, aunque estos deseaban seguir preguntando al hombre.

Al salir vaciló y volvió sobre sus pasos.

- Mire, si lo desea mañana puede quedarse y de esa forma descansará mejor; podrá lavarse y le podemos dar otra ropa para continuar el camino. Y otras botas, ya que esas deben hacerle daño. Perdone que sea tan franca, pero creo que es la mejor forma de ayudarlo.

- Gracias de nuevo, señora, le estaré muy agradecido.

- En el establo quedó Juanillo acabando las faenas y parecía deseoso de hacerle una serie de preguntas.



Tenía razón Juanillo, Eulogio parecía un hombre venido a menos; su porte, aunque desaliñado, debió conocer tiempos mejores. Y el tema de conversación durante la cena fue, ¡como no!, el forastero.

A la mañana siguiente cuando se levantaron los chicos corrieron a saber como estaba el hombre. Este ya se había levantado, se había lavado y afeitado; su aspecto había cambiado extraordinariamente; seguía pareciendo un ser solitario y triste, pero ahora ya no parecía tan miserable como el día anterior.

- Casi no le había conocido- saludó Toni-¿Cómo ha descansado?

- Muy bien, muchacho- He estado como en cama de príncipe- parecía contento esa mañana

Siguió organizando sus pertenencias; entre ellas Javier vio una filarmónica y un libro pequeño y desgastado, se fijó bien: era una Biblia. ¡Que curioso! Nunca hubiera imaginado que ese hombre tuviera una Biblia.

-¿Quién le regaló esa Biblia?- se atrevió a preguntar Javier.

- El hombre pareció incómodo; así y todo respondió dando un suspiro.

- Era de mi madre. Yo también tuve como vosotros una madre que me quiso y cuidó, hace muchos, muchos años.

- ¿Y donde está ahora? Esta vez fue Isabel quien preguntó intrigada.

- Espero que esté en casa. Ahora voy hacia allá. Hace muchos años me ausenté de mi hogar y ahora vuelvo.

- ¿Por qué no nos cuenta qué le pasó?- preguntó Laura con naturalidad. ¿Por qué está sólo y por qué le acompaña ese perro?



- Veo que tenéis mucha curiosidad y me parece que en agradecimiento a la hospitalidad que me ha demostrado vuestra madre os voy a tener que contar mi historia. Sentaos allí- señaló a los montones de paja que había en un lugar del establo.

Los niños se sentaron y tanto Tuli como el perro negro también lo hicieron, como si les hubieran dado la orden de estar quietos.

Por la ventana entraba un sol radiante que hacía visible el polvo que flotaba en el lugar; la puerta abierta también dejaba entrar un sol brillante y majestuoso.

- Mi historia está escrita en este libro- dijo Eulogio- así que lo vais a comprender muy bien cuando os la cuente.

-¿En ese libro?- pensó Javier- Ese libro es la Biblia y se escribió hace muchos, muchos años. ¿Cómo puede estar escrita la historia de este hombre?- pero no dijo nada

- Si, prosiguió el hombre con la Biblia en la mano- Yo era como vosotros un hijo muy querido por su familia. Mis padres no eran ricos pero deseaban que yo me cultivase, es decir que estudiara. Cuando era joven ayudaba en la granja que tenían mis padres, en una tierra verde con ríos cristalinos y caudalosos donde había muchas truchas que yo pescaba frecuentemente. Allí era feliz.- El hombre hizo una pausa

- Y qué pasó- no pudo por menos que interrumpir Toni

- Como digo, mis padres querían que yo estudiara así que me marché a la ciudad más cercana para ir a una escuela técnica para hacer una carrera. Tenía 18 años y muchas ganas de vivir. Allí encontré nuevos amigos, nuevas experiencias e hice de todo menos lo que era mi obligación: estudiar. Cuando volvía a casa les decía a mis padres que había suspendido una asignatura cuando en realidad sólo había aprobado una.

- ¿Pero cómo no se enteraba?- interrumpió Javier a quien la cosa le pareció muy interesante, especialmente porque como él estudiaba en casa no concebía que se pudiera ocultar las notas.

- Porque las notas las recogía yo y las cambiaba.

Los niños atendieron todavía más a la narración. No se oía ni un suspiro y las orejas de todos estaban bien receptivas.

- Pasó el tiempo y cuando ya debería haber acabado mi carrera en realidad yo sólo tenía el primer año y ya no podía continuar estudiando, había agotado las convocatorias de algunas asignaturas para poder aprobarlas. ¿Qué podía hacer? Después de mucho pensar decidí decírselo a mis padres y pedir perdón.

El hombre se levantó y fue a beber agua directamente de un grifo. Pronto volvió y reanudó su relato.

- ¡Que dura fue la vuelta! Me daba cuenta de los años que había desperdiciado tontamente y de que ahora estaba peor que cuando me había marchado de casa: era menos inocente, era más viejo o al menos me sentía así, aunque sólo tenía 24 años, estaba cansado y no tenía nada con qué ganarme la vida, al menos lo que mis padres habían soñado para mí. Finalmente llegué a mi pueblo.

El hombre calló. Por su cara los niños vieron el paso de una sombra y su expresión se volvió dolorosa. Los niños esperaron que continuase.

- Al bajar del autobús que me llevaba a casa me saludó el cartero del pueblo, un señor mayor conocido de mis padres y muy cariñosos conmigo. ¡Enhorabuena Eulogio!, ya se que has acabado tu carrera- me dijo- ¡Que contentos estarán tus padres! Bien lo necesitan ahora que se van haciendo mayores.- Pero no sólo fue el cartero, según iba hacia la casa de mis padres mas gente me saludaba y felicitaba. ¡Que vergüenza! Yo había hecho creer a mis padres que, con algo de retraso, yo había terminado mi carrera y ellos, orgullosos, lo habían comunicado a los demás.

De nuevo Eulogio se calló. Pero al poco volvió a hablar con voz decidida.

- No pude llegar a casa- me dio tanta vergüenza y dolor- ¡a buenas horas! enfrentarme a la desilusión de mis padres que, en un impulso, me di media vuelta y me marché del pueblo. Desde entonces estoy de un lugar a otro, sin rumbo, trabajando en lo que encuentro, y durmiendo a veces bajo la luz de las estrellas.

- ¿Por qué vuelves ahora?- Dijo Laura con una lágrima cayéndole por la cara

- Te lo diré preciosa niña- dulcificó la voz el hombre- Hace un tiempo leí este libro que mi madre me había dado, cuando a los dieciocho años me alejé de casa con el fin de labrarme un futuro prometedor. Y es que el futuro de cada persona se labra como la tierra- hizo una disgregación casi filosófica Eulogio-: hay que trabajar duro y durante mucho tiempo para conseguir el fruto esperado y deseado. Nada verdaderamente valioso se improvisa. Ella, mi madre me dijo- prosiguió con la historia- Hijo, espero que este libro sea lámpara a tus pies y lumbrera a tu camino. Pasado mucho tiempo, y en mi soledad, comencé a leerlo y, aunque parecía que muchas lecturas no me decían nada, llegué a la historia del hijo pródigo que está escrita en el libro. Esa me conmovió y vi. que era mi historia con ligeras diferencias. Es verdad que yo no había pedido la herencia pero había gastado el dinero inútilmente; es verdad que yo no había tenido tantas francachelas ni borracheras como el del libro, pero había perdido el tiempo en cosas inútiles. Mi historia era la misma, sólo me faltaba el final. Y hace quince días que estoy caminando rumbo a mi casa para pedir perdón a mi padre y a mi madre y después no me importa que pase.



- ¿Y cómo acaba la historia del libro? - preguntó Laura con voz entrecortada y aunque los mayores conocían la respuesta agradecieron la pregunta.

- Acaba bastante bien porque el padre de la historia es la imagen de Dios quien siempre perdona a los hijos extraviados. Yo ya le pedí perdón al Padre y se que El me ha perdonado- lo dice el libro- pero ahora me queda pedir perdón a mi padre terrenal, y no se como va a reaccionar él, ha pasado mucho tiempo y les he causado mucho dolor.

El hombre se levantó y dio por terminado el relato. Los chicos se levantaron también y salieron en silencio, profundamente conmovidos por una historia que algunos conocían pero que se había hecho realidad ante sus ojos.

Y para concluir ésta, os diré que Eulogio permaneció en el cortijo unos días ayudando a los hombres en su trabajo y una mañana se despidió de todos. Salieron a decirle adiós y los dueños le desearon lo mejor, no en vano se había hecho querer y respetar a lo largo de su estancia.

Laura se acercó a él y alzó la carita para darle un beso; cuando el hombre se inclinó ella le echó los brazos al cuello y con voz muy bajita le dijo:

- No temas Eulogio. Las historias de ese libro son verdad.

Eulogio sonrió hizo un gesto con la mano y se alejó junto con su perro.

Al cabo de unos meses recibieron una carta muy escueta, escrita con una hermosa letra que sólo decía en letras grandes decía:

¡Gracias, la historia del libro es verdad!

Y Laura comprendió